

Drummond de Andrade: el salto hacia la luz

Perfil

Carlos Drummond de Andrade nació en Itabira do Mato Dentro, Estado de Minas Gerais, Brasil, en el año 1902. Fue hijo de Carlos de Paula Andrade, estanciero, y de doña Julieta Augusta Drummond. Hasta 1916 vivió en su ciudad natal; pasó luego a Belo Horizonte, capital del Estado, donde inició sus estudios secundarios. Motivos de salud lo obligaron, sin embargo, a interrumpirlos poco después y, tras una convalecencia bastante prolongada, los retomó en 1918, pero ahora en la ciudad de Friburgo. En 1920 volvió a establecerse, esta vez con toda su familia, en Belo Horizonte. Datan de esa época sus primeros trabajos periodísticos, aparecidos en el *Diario de Minas*, así como sus contactos iniciales con los intelectuales *mineiros* que eran portavoces de los ideales modernistas: Milton Campos, Emilio Moura, Aníbal Machado, Pedro Nava y muchos otros. Por entonces difundió algunos de sus textos en Río de Janeiro, a través de las revistas *Para Todos* e *Ilustração Brasileira*.

En Belo Horizonte conoció a Mário de Andrade y a Tarsila do Amaral, líderes del Modernismo y figuras centrales de la vida artística de São Paulo. Con el primero, Drummond de Andrade trabó una amistad intensa y duradera, y a partir de 1924 inició un sostenido intercambio epistolar con Manuel Bandeira, a quien habría de considerar la voz más honda y más alta de la poesía del Brasil.

En 1925 regresó de la Facultad de Farmacia, pero no llegó nunca a ejercer su profesión. Ese mismo año se casó con Dolores Morais, con quien habría de tener una única hija: María Julieta. Pero antes de la paternidad, aún en 1925, Carlos Drummond de Andrade conoció las alternativas de la dirección de un órgano periodístico. Se tituló *A revista*, y a su lado, en el timón de ese vocero del modernismo, estuvieron sus amigos Martins de Almeida, Emilio Moura y Gregoriano Canedo.

En 1928, tras haberse desempeñado como profesor de geografía y portugués en Itabira, y como redactor en el *Diario de Minas*, pasó a trabajar en la Secretaría de Educación de su Estado natal. En 1934 se trasladó definitivamente a Río de Janeiro, pasando a ocupar el cargo de jefe de gabinete de Gustavo Capanema, nuevo Ministro de Educación y Salud Pública. Cuatro años antes, en 1930, había publicado su primer libro, *Alguma Poesia*, en una edición de 500 ejemplares. En 1934, apareció *Brejo das Almas*, y en 1940, *Sentimento do Mundo*, en ediciones de 200 y 150 ejemplares respectivamente. Sus *Poesías* reunidas se editaron en 1942, cuando el escritor alcanzó los cuarenta años, y muy poco después publicó *José* y luego *A Rosa do Povo* (1945). Cuando termi-

nó la guerra y cayó la dictadura de Vargas, fue codirector, durante un corto período, del diario *Tribuna Popular*. Volvió luego al Ministerio de Educación y hasta 1962 se desempeñó, a invitación de su amigo Rodrigo de Andrade, en la Dirección del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional. A los sesenta años, Carlos Drummond de Andrade se jubiló, con el cargo de Jefe de Sección de la citada entidad.

Mientras tanto, su proyección literaria en el Brasil creció paralelamente a su afianzamiento expresivo. En 1946 había recibido el «Prêmio ao Conjunto da Obra» de la Sociedad Felipe D'Oliveira. En 1948 agrupó nuevamente su producción poética en un tomo titulado *Poesia até Agora*. Con menos de cincuenta años de edad, Carlos Drummond de Andrade ya era considerado por la crítica como uno de los más importantes poetas del modernismo, junto a Manuel Bandeira y Mario de Andrade.

Muy pocas veces salió Drummond de Andrade de su país. Su primer viaje al exterior tuvo lugar en 1950, cuando fue a Buenos Aires, a raíz del nacimiento de su primer nieto, Luis Mauricio. De hecho, su hija María Julieta residía en esa ciudad, casada por ese entonces con el abogado y traductor Manuel Graña Etcheverry.

Es a partir de esta década, la de los años 50, cuando su obra empieza a ser conocida y reconocida en el extranjero: poemas suyos aparecen en Argentina, España, Alemania y Estados Unidos. Siguió luego las traducciones al sueco, al checo, al francés y una considerable difusión continental latinoamericana. Su prestigio naciente en tan distintas latitudes habría de verse ensanchado por los libros que dio a conocer en esos mismos años 50: *Claro Enigma* (1951); *Viola de Bólso* (1952); *Fazendeiro do Ar* (1954) y *Poemas* (1959). Paralelamente, desde 1954, el poeta fue desarrollando una sostenida labor en el periodismo carioca, especialmente hasta 1968 y en el *Correio da Manhã*; en 1968 se hizo cargo de una sección de crónicas en el suplemento cultural del *Jornal do Brasil* con la que su prestigio se transformó en franca popularidad. Mientras tanto, en los 60, Drummond de Andrade dio a luz cuatro obras más de poesía: *Lição de Coisas* (1962); *Versiprosa* (1967); *Boitempo* (1968) y *Reunião* (1969).

En 1973, el escritor tenía ya setenta años cumplidos. Su productividad, sin embargo, no decreció: *As Impurezas do Branco* (1973); *Menino Antigo* (1973) *Amor, Amores* (1975) y *Discursos de Primavera* (1977) son los cuatro libros que preceden al tan sugestivamente titulado *Esquecer para Lembrar* (1979).

Dos semanas antes de morir, el 17 de agosto de 1987, Drummond de Andrade había visto agonizar a su hija, consumida por el cáncer. Se aproximaba el poeta, en ese momento a los ochenta y cinco años de edad. En la primera mitad de esa década había publicado sus tres últimos libros de poesía: *A Paixão Medida* (1980); *Corpo* (1984) y *Amar se Aprende Amando* (1985). Nada induce a creer, en consecuencia, que Carlos Drummond de Andrade no haya recibido a la muerte como un alivio largamente esperado.

Introducción

Intento, en este estudio, explorar la comprensión que de la poesía alcanzó Carlos Drummond de Andrade. Para ello dejaré de lado —y ésta es una primera salvedad—

toda caracterización del tema que el autor pueda haber realizado fuera de sus versos. Me concentraré, por lo tanto, en sus enunciados estrictamente literarios. Una segunda salvedad impone reconocer que, para mi propósito, no toda la obra poética de Carlos Drummond de Andrade constituye un campo de similares características e idéntica relevancia. Creo, en cambio, que los libros publicados por el autor entre 1930 y 1945 ofrecen lo que de esencial nos ha legado sobre el tema. En ellos, me parece, nace, se despliega y alcanza plenitud, la interpretación lírica que sobre su propia tarea logró Carlos Drummond de Andrade. Con ello, por cierto, no pretendo afirmar que los libros de poesía publicados por el escritor con posterioridad a 1945 nada agregan a lo que hasta entonces había dicho la cuestión que nos importa. Sostengo, apenas, que tales agregados no modifican cualitativamente el ámbito proposicional básico figurado desde *Alguna Poesía* (1930) hasta *La rosa del pueblo* (1945). Constituyen, a mi juicio, variaciones, complementaciones sobre una cuestión medularmente expuesta y tratada en los primeros quince años de actividad literaria de Carlos Drummond de Andrade. De modo que, al limitarme a esos tres lustros iniciales, lo que en este estudio procuraré es sugerir los rasgos distintivos de una orientación: la seguida por Carlos Drummond de Andrade en la comprensión de su propia experiencia creadora.

Se diría, básicamente, que la experiencia poética equivale, para él, a una epifanía. La poesía sería, en tal caso, un advenimiento, una súbita aparición, un asalto inesperado al alma de Carlos Drummond de Andrade. ¿Asalto por parte de qué? ¿Advenimiento repentino de qué? Lo que asalta, lo que sobreviene, es un sentido inédito, una nueva significación. Y asalta y sobreviene allí donde la realidad era padecida —hasta el instante en que esa irrupción se concreta— como algo absurdo, es decir, como un escenario de acontecimientos cuyo valor al hombre le estaba denegado. La poesía se perfilaría, así, como la luminosa aptitud que le permite a Carlos Drummond de Andrade sustraer la realidad al padecimiento espiritual acarreado por su pérdida de sentido.

En consecuencia, la poesía sería, ante todo, la contraparte del absurdo al que, para Drummond de Andrade, se encuentra homologada la vida, más allá de la experiencia poética. Este sentimiento del escritor —el de que la vida fuera del ámbito de la poesía, se impone a su sensibilidad como un absurdo posiblemente se origina en el devastador efecto que sobre él provocó la pérdida de fe religiosa, así como también la dificultad ulterior para encontrar, sobre todo en el orden ideológico-político, un suelo de convicciones estables donde hacer pie y fundar un dogma. Al mismo tiempo, cabría preguntarse por una condición de posibilidad menos compensatoria, menos psico-social si se quiere, del origen de la poesía en Carlos Drummond de Andrade. El poeta es, en este segundo caso, muy cauto. Y no porque desdeñe las eventuales raíces metafísicas del problema sino, a la inversa, porque las valora especialmente. Pero si es cierto que las valora, también es cierto que se le escapan, rehuyendo una y otra vez —como el poeta mismo lo admite— los esfuerzos de comprensión que realiza para aprehenderlas.

Es así, paradójicamente, como al evadir el afán interpretativo, al impugnar la interpretación como criterio de acercamiento a su idiosincracia, la poesía se convierte, ella misma, en algo absurdo, es decir en algo inconcebible ¡La poesía, justamente, que al bañar la realidad en su resplandor cordial la arranca al absurdo de la incompreensión en que yacía!